

Aviso al lector:

Los días de este cuento, menos el de descanso, tendrán nombres de mujer porque cada uno de ellos estuvo dedicado a cuatro mujeres de mi vida, mujeres que conforman mi pasado, mi presente y, a buen seguro, mi futuro.

A ellas les dedico este libro en el que relato las reflexiones de un caminante.

A ellas que me han enseñado que los amores son difíciles, con principios complicados y finales dolorosos.

A ellas que me han enseñado que lo relevante es el camino.

*«Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiera elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio. Vos dirás que la eligen porque-la-aman, yo creo que es al revés. A Beatriz no se la elige, a Julieta no se la elige. Vos no elegís la lluvia que te va a calar hasta los huesos cuando salís de un concierto.»*

Julio Cortázar, *Rayuela*.

### **Érase una vez...**

estaba, un 26 de febrero de 2021, a las 6.30 de la mañana, con mi Allí mochila, en el barrio de Santa Lucía de Cartagena, junto a la escultura de Santiago, encendiéndole una vela, en el punto en el que nació para España la luz del Evangelio, en el que yo iba a iniciar mi camino, orientado hacia la cruz de Caravaca, mirando aquel horizonte, leyendo mi pequeña nota escrita a mano que me recordaba que lo hacía por ellas:

*«A ellas que lucen la cruz de Caravaca y significan tanto en mi vida, les doy las gracias por existir».*

Ellas, María, Eulogia, Antonia y Mariana, ellas, esas cuatro mujeres, con sus cabezas, sus amores y desamores, sus posos, me hacen, en gran medida, quien soy. Me han esculpido e inspirado. Sí, esculpido e inspirado como lo hacen los escultores cincelandos el mármol. Porque las personas

tallan, corrigen, reconducen, animan y empujan. De uno depende que sea para bien. Esto lo aprendí hace años, cuando ciertas compañías olvidadas me acercaban a los vicios. En la vida uno se pone las botas para andar, se incorpora y elige el camino que quiere recorrer, por el que avanzar hacia la luz o hacia la oscuridad. Puede cambiarlo, pero conviene meditar bien, sin impulsos alocados de los que uno se puede arrepentir sin remedio.

El mío estaba claro: a Caravaca. A visitar la cruz, esa cruz doblemente aspada que tanto me ha marcado. A darle las gracias por tener a las cuatro en mi vida y a rogarle porque me inspirasen muchos más años.

Con la única compañía de mi mochila, ataviada de unas mudas, un cortaviento, un cuchillo prominente y afilado, una tableta de chocolate y mi paquete de tabaco con un par de mecheros (el vicio no puede faltar. Nunca. Tampoco abundar. Si lo hace nubla y distrae hasta alejar de lo esencial).

Pienso a menudo en lo difícil que resulta elegir los caminos, tener la certeza de cuál es aquel por el que queremos transitar y la dicha de que coincida con el que parece más conveniente. Pero las apariencias son con tanta frecuencia sólo eso: apariencias. El azar es caprichoso. La ruleta gira, aun cuando uno no la pone en movimiento. Gira y gira, y aquello que parecía ganador, termina siendo perdedor; y aquello que vaticinaba fracaso, trae fortuna. Por eso tengo claro que hay que estar donde uno quiere y siente, no donde se supone que debe estar o donde le aconsejan que debe estar. ¿Qué son las suposiciones sino eso? Elucubraciones, creencias. ¿Qué importan los que suponen sobre uno? ¿Y los que juzgan? Nada. Mediocres que desalivan la lengua.

Mi certeza era recorrer ese camino con un convencimiento propio y a ello me puse. Me despedí de mi querido padre con nuestro tradicional café, le abracé dándole las gracias por tanto y por nada, y emprendí mi camino.

Apenas llevaba unos pasos cuando me detuve para colgar en Instagram y Facebook una composición de fotos de mis cuatro nortes con su cruz de Caravaca. Curioso este mundo en el que sentimos la necesidad de anunciar lo que hacemos y tenemos. El texto decía así: *«No camino por obligación ni por compromiso, sino por amor, porque me empuja la fuerza natural de la vida. No hay miedo, no hay esfuerzo, sólo hay esa energía tan maravillosa que mueve el mundo, la misma que me llevará, andando yo solo, hasta la Santa Cruz, para darle las gracias a Dios por todo y por tanto.»*

*A las cuatro mujeres que aparecen en la imagen, con la Cruz de Caravaca por testigo, les dedico este camino, en su honor y en agradecimiento a ellas, porque mi vida sería (y habría sido) muy diferente sin ellas y sobre todo porque yo las amo y porque son, de una forma u otra, mis maestras. Podría ofrecerlo por tantas otras personas más que sin duda lo merecen, como mi hermana, como mi padre, como mis abuelos, como mis compañeros de trabajo, así como a todos aquellos que de una forma directa o indirecta me abrieron su corazón; sin embargo, en esta ocasión, se lo entrego a ellas cuatro, ya que, por algún motivo, el cual aún desconozco, enarbolan la Cruz de Caravaca y es, además, ésta mi historia para con ellas. Os llevaré siempre en mi corazón, puesto que el amor es conciencia y es una verdad inmutable al paso del tiempo.*

*Pd. Hoy es el cumpleaños de una de ellas cuatro y aunque no podremos estar juntos, a diferencia de otros años, quiero obsequiar- le con este regalo: mi primer día de camino.*

*Pd 2. Trataré de encender lo menos posible el teléfono durante estos días con la intención de no distraerme».*

### **Propósitos... Tan frecuentes como incumplidos.**

Pensé en el amor. En lo que era para mí. En lo que es. Y al intentar definirlo me vino una sensación al estómago, una especie de contracción y explosión, con la certeza de que cuando es puro, sin intereses ni condiciones, descoyunta cimientos. Por otro lado, ¿qué es el amor sino eso? Si hay clausulas no es amor, es un Excel, una ecuación. Matemáticas. ¿Acaso salió el amor de una suma?, ¿o de una resta?, ¿o de una multiplicación o división? En todo caso es una ecuación, la más compleja que haya, en la que dos seres (dos expresiones, denomina- das miembros) que se presuponen iguales, y que son sumamente diferentes, deciden compartir su tiempo como un uno, cediendo, transigiendo y entregando, en pro de mantener la unión, con la insoslayable fuerza de la pasión, ajena a cualquier raciocinio (separadas por el signo igual, en las que aparecen elementos conocidos y datos desconocidos o incógnitas).

¡Ay, el amor! Ese estar con el otro para servirle y nunca servirse de él; ese entregar, sumar...

Con frecuencia se llama amor al capricho, a la obsesión que te obceca, a la creencia de posesión y propiedad. Eso no es amor. Para hablar de amor hay que relajar tensiones y abrir la generosidad (¡Cuánto cuesta!). Todo en él cobra una dimensión mágica, no siempre bidireccional porque el amor es individual; un sentimiento pleno de entrega a otra persona con cariño, buscando su felicidad sin limitaciones; sin contrapartidas. Tantas veces creemos querer y sólo queremos poseer. Amores espurios. Antípoda de amar.

Amor es amar. No querer ni desear. Es entregar. Algunos lo confunden con ejercer un control sutil o no, con apretar al otro hasta que lo asfixia. Otros con el sustento. Otros con la piedad. Otros con el divertimento. Otros, en cambio, saben diferenciar su ubicación con el amor, simplemente creen que ese ser que les ha tocado en el descarte o que han elegido (en un mejor caso), será lo que ellos quieren; que podrán cambiar los divertimentos de ese compañero. Ilusa quimera, ¡como si el alacrán pudiese dejar de picar! Parece mentira que no aprendamos que cada uno es como ha venido siendo una vida entera.

Así pensaba. Así hablaba mi cabeza para sí, recordando a mis cuatro amores, a cada uno a su manera. Cuatro mujeres de esas que dejan huella, de esas que a uno lo guían para ser mejor. Y, ¿qué mejor que ser mejor?

Cada una tendría un día. Y lo tuvieron.